

Enero 2025

No. 5

ENCUENTRO CON PADRES

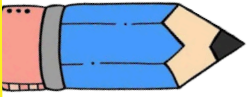


**Tema: La virtud de la
esperanza en la vida cotidiana
de las familias**



OBJETIVO

Reflexionar en la virtud de la esperanza, en estos tiempos oscuros, donde a veces nos sentimos desanimados e impotentes frente a tanto mal que prolifera en el mundo, para que siguiendo el ejemplo de Abraham volvamos nuestra mirada a Jesucristo ancla de nuestra esperanza.



INTRODUCCIÓN

La esperanza es una virtud teologal. Es una virtud que nunca decepciona, es una virtud concreta, de cada día. La esperanza no es un optimismo pasivo sino, por el contrario, "es combativa, con la tenacidad de quienes van hacia un destino seguro" (Papa Francisco, Angelus, 6 de septiembre de 2015). La esperanza no es un deseo fugaz o un mero deseo; es una confianza firme en que las promesas de Dios perduran, inquebrantables por las circunstancias que nos rodean.

Para comprender el significado de estas promesas, la Carta a los Hebreos nos testifica la interacción de Dios con Abraham, donde Él hizo una promesa y la cumplió fielmente (cfr. Heb 6,13-15). A través de este ejemplo, recordamos la firmeza de Dios y su compromiso inquebrantable con Su palabra. Así como Dios fue fiel a Abraham; podemos declarar con confianza que Él permanece fiel a nosotros hoy.



MATERIALES

- Crucifijo
- lámpara
- ancla (dibujo)



ORACIÓN INICIAL

SALMO DE ESPERANZA

A ti, Señor, levanto mis ojos a ti que habitas en el cielo y entre los hijos de los hombres.

Levanto mis ojos, de donde viene mi esperanza. La esperanza me llega a borbotones de tu inmenso amor, de que no te olvidas nunca de mí.

Muchos hombres ponen su esperanza en que tengan suerte en el juego, en que todo les salga bien, en la solución de sus problemas.

Mi esperanza es pronunciar tu nombre. Mi alegría se llama conocerte, saber de tu bondad infinita, más allá de donde alcanza mi razón. Tú eres una puerta abierta, una ventana llena de luz.

Cuando los hombres me miran, me preguntan por qué sigo creyendo, por qué tú sigues siendo mi esperanza, me digo: si te conocieran, si supieran sólo un poco de ti, si ellos descubrieran lo que tú me has dado, estoy seguro de que no dirían lo que dicen; pues tú eres maravilloso, acoges mis pies cansados. Por eso, por todo y por siempre, tú, Señor, eres mi esperanza. Amén

(<https://pastoralsj.org/recursos/oraciones/235-salmo-de-esperanza>)



FORMACIÓN

QUÉ ES LA VIRTUD DE LA ESPERANZA

La esperanza es aquella virtud “por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo”. (Catecismo de la Iglesia Católica 1817).

“Por la esperanza deseamos y esperamos de Dios con una firme confianza la vida eterna y las gracias para merecerla” (CEC 1843)

- Nuestra esperanza no se apoya en razonamientos, previsiones o cálculos humanos; y se manifiesta ahí donde no hay más esperanza, donde no hay nada más en que esperar. El cristiano tiene esperanza no por mérito propio. Si cree en el futuro, es porque Cristo murió, resucitó y nos dio su Espíritu.
- Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente. En este sentido, una vez más, decimos que la esperanza es una virtud teológica: “no emana de nosotros, no es una obstinación de la que queremos convencernos, sino que es un don que viene directamente de Dios” (Papa Francisco)

ABRAHAM. PADRE EN LA FE Y EN LA ESPERANZA

La Sagrada Escritura nos dice que Abraham es nuestro padre en la fe (cf. Rom 4,16); San Pablo nos hace comprender que Abraham también es para nosotros padre de la esperanza (cf. Rom 4,18); no sólo padre en la fe, sino padre en la esperanza.

San Pablo nos ayuda a poner en evidencia el vínculo estrecho entre la fe y la esperanza. Él afirma que Abraham “creyó, esperando contra toda esperanza” (Rom 4,18). San Pablo se está refiriendo a la fe con la cual Abraham creyó en la palabra de Dios que le prometía un hijo. Pero de verdad era confiar porque era tan imposible lo que el Señor le estaba anunciando. No había esperanza humana porque él era anciano y su mujer estéril: y él creyó. Abraham cree, su fe se abre a una esperanza en apariencia irracional; esa es la capacidad de ir más allá de los razonamientos humanos, de la sabiduría y de la prudencia del mundo, más allá de lo que normalmente es considerado de sentido común, para creer en lo imposible.

La esperanza abre nuevos horizontes, hace capaz de soñar aquello que ni siquiera es imaginable. La esperanza hace entrar en la oscuridad de un futuro incierto para caminar en la luz. La virtud de la esperanza nos da tanta fuerza para caminar en la vida.

Abraham es un ejemplo para vivir la virtud de la esperanza, Él confió en Dios y su esperanza estaba basada en las promesas y en las palabras del Señor, y no en cálculos humanos. Por eso, pudo superar cualquier desánimo y desesperación, y nos anima a abrir los corazones a la fe y Dios hará el resto, tal como sucedió en su historia.

JESÚS ES EL ANCLA DE NUESTRA ESPERANZA



Así como un ancla mantiene firme un barco en medio de olas turbulentas, el ancla que asegura nuestra esperanza es la persona de Jesucristo. Jesucristo sirve como nuestra ancla inquebrantable en las tormentas de la vida. Cuando enfrentamos pruebas, tribulaciones o incertidumbres, nuestra esperanza en Jesús nos mantiene firmes, evitando que seamos sacudidos por los vientos de la duda o la desesperación. Su presencia y sus promesas nos brindan la estabilidad y la confianza para afrontar los desafíos de la vida. A través de Su muerte sacrificial en la cruz y su resurrección triunfante, Él nos ha asegurado la salvación y la esperanza eterna.

- Una forma práctica de cultivar la esperanza es mediante la oración ferviente. Al comunicarnos constantemente con Dios y compartir nuestras cargas y deseos con Él, abrimos nuestro corazón a su poder transformador y le permitimos que nos infunda su esperanza.
- Sumergirnos en la Palabra de Dios nos equipa con promesas, enseñanzas y ejemplos que refuerzan nuestra esperanza.
- Estudiar y meditar en las Escrituras se convierte en un faro de esperanza que nos guía a través de los desafíos de la vida.
- Quien está animado por esta virtud, es paciente. Las familias de hoy tienen tanta necesidad de esta virtud cristiana, virtud que camina de la mano de la esperanza.

PARA LA REFLEXIÓN

Abraham nos enseña a permanecer arraigados no tanto en nuestras seguridades y capacidades, sino en la esperanza que surge de la promesa de Dios. Cuando Dios promete, lleva a cumplimiento aquello que promete. Jamás falta a su palabra. En el seno de la familia, la esperanza se convierte en un ancla de fortaleza y consuelo. Es aquí donde aprendemos a confiar en Dios en cada circunstancia, mostrando a nuestros hijos la importancia de asumir la vida con fe y determinación. Al cultivar la esperanza en nuestro hogar, enseñamos a nuestros seres queridos a no sucumbir ante el miedo o la ansiedad, sino a encontrar consuelo y seguridad en roca firme, en Dios.

- ¿Confiamos únicamente en nuestras propias fuerzas y recursos, o reconocemos que nuestra verdadera seguridad radica en Dios?
- Ante las dificultades que enfrentamos como familia, ¿Nos sumergimos en la desesperación y el miedo, o buscamos la fortaleza y la esperanza que provienen de nuestra confianza en Dios? ¿Cómo cultivamos la esperanza como familia?



ORACION FINAL

Leemos el texto bíblico: 1Tes 8-11

“En cambio nosotros, que somos del día, vivamos sobriamente, revestidos con la coraza de la fe y del amor, y teniendo como casco la esperanza de la salvación. Porque Dios no nos ha destinado al castigo, sino a obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros para que, despiertos o dormidos, vivamos con él. Por eso, animaos mutuamente y edificaos unos a otros, como ya lo hacéis”.



Escuchamos el canto:
En Jesús puse toda mi
esperanza

En Jesús puse toda mi esperanza. El se inclino
hacia mí y escucho mi clamor, y escucho mi
clamor

Me sacó de la fosa fatal del fango cenagoso.
Acentó mis pies sobre la roca, mis pasos
consolidó

Puso en mi boca un canto nuevo. Una alabanza a
nuestro Dios. Muchos verán y creerán y en Jesús
confiarán